

REENCUENTRO CON EL PASADO

*Tres amigos
y un fantasma*

- Susana Vallejo -



DiQueSi



© del texto, Susana Vallejo
© diseño e ilustración de cubierta, Victoria Fernández
© Ediciones DiQueSí
28022-Madrid
www.edicionesdiquesi.com
novedad@edicionesdiquesi.com

Dirección editorial: María J. Gómez
Diseño: Estelle Talavera
ISBN: 978-84-945196-2-8
Depósito Legal: M-34688-2016
© Todos los derechos reservados
1ª Edición: Madrid, 2016
Impreso en España por Estiló Estugraf, S.L.

Ninguna parte de esta publicación incluido el diseño de la cubierta,
puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna
ni por ningún medio, sin permiso previo del editor



*REENCUENTRO
CON EL PASADO*

Hacía unos pocos meses que había llegado al internado de Las Camelias y ya se había convertido en mi hogar. Y Bea, Berto y Arlene en mis mejores amigos. Solo que Arlene... bueno, estaba muerta. Era un fantasma que solamente podíamos ver cuando nos juntábamos los cuatro. ¿Por qué? Era un misterio.

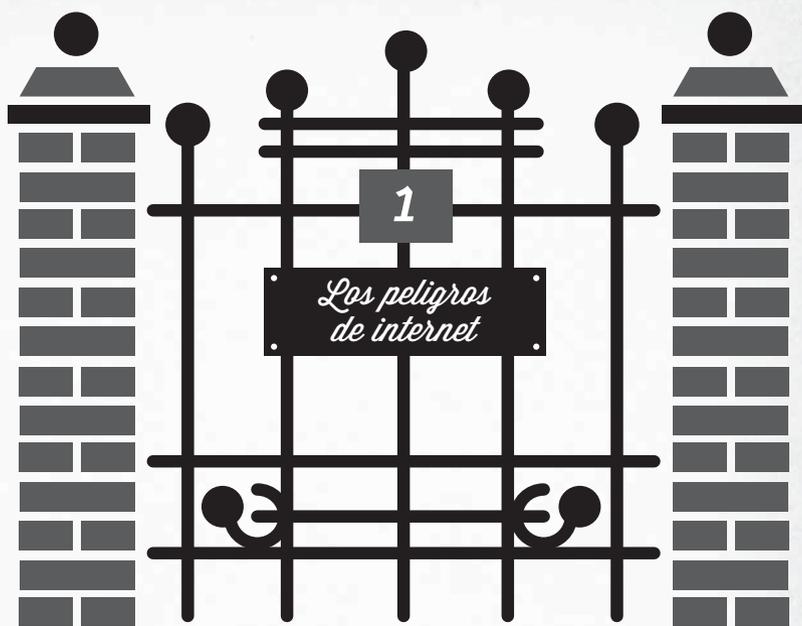
Habíamos descubierto con la ayuda de Víctor, el *profe* de Lengua, que Arlene había muerto en enero de 1978. Todos decían que se había suicidado, pero ella estaba segura de que no era así.

Arlene no podía recordar su muerte ni las circunstancias que la habían motivado. Lo último que guardaba en su memoria era el estreno de *La Guerra de las Galaxias*, en diciembre de 1977.

Pero, si no había sido un suicidio, ¿cómo había muerto realmente? ¿La habrían asesinado? Y si era así, ¿quién y por qué lo habría hecho?

Quizás por eso, porque su muerte había sido injusta y necesitaba aclararse, ella se había convertido en un fantasma.

Y ¿sabéis qué?, los cuatro amigos nos habíamos propuesto ayudarla y desvelar el misterio de Arlene. Aunque, quizás, ella no era la única que necesitaba ayuda. Quizás, en esta ocasión, íbamos a tener que echar una mano también a sus antiguas amigas.



–Y recordad que cuando se sube algo a internet, a cualquier red social, queda ahí para siempre. Aunque lo quieras borrar, ¡está ahí! Alguien puede haber hecho una captura de pantalla o haberlo reenviado a otra persona... Por eso antes de colgar algo, hay que pensar: ¿puedo hacer daño a alguien con esto? ¿Está bien subirlo a internet? ¿Puede afectar a mi reputación en el futuro?

–Bla, bla, bla... –murmuró Berto en tono burlón–. Esto es un rollo.

–Un poco sí –murmuré.

La mujer policía empezaba a repetirse, pero me seguía pareciendo simpática. Llevaba ya casi una hora hablándonos sobre el “Uso de las Redes Sociales e internet” y el salón de actos estaba lleno.

En el escenario no solo estaba ella, sino también Pablo, el inspector de policía que conocimos a principio de curso por el caso de tráfico de drogas que ayudamos a dismantelar¹. Se acordaba de nosotros. ¡Y tanto! Nos había saludado al entrar y todo.

Sobre el escenario, sentado y un poco apartado de los policías, también estaba Víctor, el *profe* de Lengua, que parecía aún más aburrido que Berto. De vez en cuando se ponía a mirar su móvil. Para mí que estaba jugando a algo. ¡Qué cara! A nosotros nos prohibían usar los móviles en horas de clase, pero él lo miraba disimuladamente durante toda la charla. Ese día no se había puesto una camiseta de zombis, sino una con un dibujo de Frankenstein. Seguía siendo un profesor muy diferente a los demás. Como diría Arlene, era “chachi piruli”.

A su lado estaba la directora, Ana María Guevara, súper repeinada, con uno de esos trajes de chaqueta que solía llevar y una camisa rosa muy bien planchada. Perfecta, como siempre.

También se encontraba en el escenario nuestro nuevo profesor de Matemáticas, Ernesto Ancares, al que empezamos a llamar la Rana, por aquello del “anca” en su apellido y porque tenía una boca muy grande. Pero que muy grande. El Rana había sustituido a Jesús, del que nunca supimos nada más desde el asunto de las drogas. La Rana parecía un actor de cine. Aunque tenía ya unos cuantos años, conservaba una frondosa cabellera y llevaba un flequillo enorme que se apartaba una y otra vez de la cara con gesto teatral. Vestía muy moderno: una camisa con botones de colorines y una chaqueta de una marca que yo sabía que costaba una pasta. Su estilo era de un falso “esport”; ese señor habría encajado perfectamente en cualquier reunión social de esas a las que asistían mis padres.



¹ Ver “El Misterio de Arlene”.

También teníamos una nueva tutora, Maribel, que había sustituido a Iris. Era alta y estirada; tanto, que parecía un palo. Y sonreía como un palo. O sea, nada. Qué tutora tan borde y aburrida nos habían traído, madre mía. Maribel estaba sentada en la primera fila con el resto de profesores.

Víctor, el de Lengua, era el que estaba más puesto en temas de informática, y como además conocía bien a la policía de Villanueva del Colmenar, por nuestra culpa, había sido el encargado de organizar la charla sobre los peligros de internet.

La mujer policía empezó a contarnos algunos casos de adultos que se habían hecho pasar por niños para engañarlos. Esa parte fue mucho más entretenida y consiguió que nos callásemos. Los murmullos cesaron y hasta Cristina, que estaba cotilleando con su amiga del alma, clon, siamesa o como queráis llamarlo, Rosana, estaba poniendo atención.

Yo miré alrededor en busca de nuestra amiga Arlene, pero solo aparecía cuando estábamos solos Bea, Berto y yo. O, a veces, cuando estaba Víctor, el *profe* de Lengua, que era el único que sabía de su existencia.

Me había acostumbrado tanto a ella que, muchas veces, en clase, me apetecía comentarle algo y me volvía a buscarla, y me sorprendía cuando me daba cuenta de que no estaba. Y eso que en ocasiones sí que estaba allí, con nosotros, en clase; solo que ni nosotros ni nadie podíamos verla.

Cuando terminó la charla, la directora Guevara nos recordó las normas de Las Camelias sobre móviles e internet: no se podían llevar ni usar en las aulas. Solo después de las clases, en nuestras habitaciones, el jardín y algunas zonas comunes y de descanso. También nos repitió el horario del Aula de Informática y sus

reglas de uso. Como decía Berto, “mucho bla, bla, bla”. Y como decía Arlene, “un rollo matutino”.

Y por fin, salimos corriendo al recreo.

–¿Os habéis fijado que cuando la directora ha hablado sobre los ordenadores del cole no ha dicho nada del que está en la biblioteca? –pregunté a Berto y Bea mientras nos dirigíamos al jardín.

–No me extraña. Es de lo más *viejuno*. Y a la biblioteca no va casi nadie.

–Solo nosotros.

–Sí, Bea, somos los encargados de un sitio casi fantasma.

Los tres sonreímos. No necesitábamos hablarnos para saber que estábamos pensando lo mismo: en Arlene, nuestra amiga fantasma, a la que vimos por primera vez en la biblioteca.

–Lo mismo ni la directora ni el Rana saben que allí hay un ordenador que se puede conectar a internet –aventuré.

–Bueno, la directora no se entera de todo lo que pasa. Y el Rana lleva muy poco tiempo en Las Camelias, todavía no conoce todos sus secretos.

–Sí, sí que los conoce, Berto, porque fue el director hace muchos años. Me lo ha dicho mi padre. Pero claro, una cosa es conocer el internado y otra saber hoy en día dónde están los ordenadores. Seguro que en sus tiempos ni siquiera había internet. Todo debía de ser muy distinto.

–¡Seguro! ¡Lo mismo no había ni ordenadores! Nos lo dijo el primer día: cuando dejó Las Camelias para irse a otro colegio eran los años ochenta. O sea, que nada de internet. Lo que no nos dijo es que había sido el director... O por lo menos yo no me enteré.

-No, no nos lo dijo, Álex. Me lo ha contado mi padre.

-El Rana debe ser muy viejo...

-A mí no lo me lo parece, Berto. ¿No lo veis guapo? A mí me resulta la mar de atractivo.

-¡Pero qué dices, Bea! Si es un viejales.

-Debe tener mil años -añadí.

-Es un poco mayor, sí, pero a mí me gusta.

-¡Un poco mayor, Bea! Pero si debe estar a punto de jubilarse. Me entró la risa, y Berto También se carcajeó.

-¿De qué os reís? -La voz de Arlene nos sobresaltó.

Casi ni me había dado cuenta del olor a jazmín que la acompañaba, ni del frío que sentíamos por unos instantes cuando se nos aparecía.

Habíamos caminado por el jardín hasta llegar a nuestro rincón favorito. Acabábamos de dejar atrás la curva cerrada del sendero, los dos robles muy juntos y el árbol que nos servía de columpio. Arlene estaba sentada sobre una roca, muy cerca de la zona de arena rojiza que usamos en Plástica para hacer cacharros de arcilla.

-A Bea le gusta el nuevo *profe de mates*, Arlene. ¡Parece una rana y es un viejales! -Berto se burló.

-Es muy elegante, eso sí. En eso te doy la razón, Bea. Viste como... No sé, muy bien. Muy chulo.

-¡Pero es viejo!

-No sabes ver lo importante, Berto.

-¡Pero si es una momia!



Bea se volvió hacia Arlene para no seguir escuchando las burlas de Berto y cambió de tema.

-Oye, Arlene, ¿no has estado en la charla que nos han dado? Nuestra amiga negó con un gesto.

-Entonces, ¿todavía no has visto al nuevo profesor?

–No. No conozco a todos los profesores. A algunos sí que los veo, junto a vosotros. Pero a veces los confundo con los de otras épocas. No es nada fácil ser un fantasma, ¿sabéis? Me veo atraída por esta época y por vosotros, pero sigo deambulando por otros... por otros tiempos. Los profesores, los alumnos, son sombras con las que me cruzo en... en este espacio sin tiempo.

Aunque lo intentó decir con un aire divertido, yo ya la conocía lo suficientemente bien como para saber que había un fondo de tristeza en sus palabras.

Muchas veces había imaginado qué sentiría Arlene, vagando por Las Camelias con la única compañía de las sombras de alumnos de todas las épocas. Sin saber en qué año estaba, viendo solo pasar, como *flashes*, a unos y otros, alumnos y profesores, por los pasillos, en las aulas... Pasillos y aulas que cambiaban de forma, de mobiliario... Si habían hecho reformas un año y habían cambiado alguna parte del edificio, Arlene podía ver cómo era antes y ahora, ¡a la vez! Para ella no existía el tiempo. Para ella los fantasmas éramos nosotros.

Arlene nos había contado que cada vez se sentía más atraída por nuestra época y por nosotros; que éramos algo así como “más materiales” que el resto de sombras que la rodeaban. Como si nuestra realidad la atrajera especialmente. Pero seguía sola y perdida, viviendo en su mundo sin tiempo.

–Pues lo mismo lo conociste –continuó Bea–. Fue director de Las Camelias, a lo mejor es de tu época. Se llama Ernesto, Ernesto Ancares.

Arlene negó con un gesto.

–Y se parece a una rana –intervino Berto.

–No me acuerdo. ¡Pero hay tantas cosas que he olvidado! Recuerdo bien a mis amigas, a mi familia... Pero... hay una época

que tengo totalmente borrada de la memoria... –Su mirada se volvió soñadora-. ¿Profesores?... Quizás me acuerdo de alguno, de una mujer encantadora que se llamaba Eli... Pero todo es muy difuso.

A veces, cuando Arlene hablaba del pasado, parecía realizar un gran esfuerzo por hacer memoria.

–En fin, ¿qué habéis hecho hoy?

Me pareció que Arlene quería cambiar de tema. Cuando no recordaba su pasado, una sonrisa triste se pintaba en su cara y se ponía a hablar de otra cosa. Como ahora.

–Venimos de una charla sobre las redes sociales –le explicó Bea.

–Que si cuidado con lo que ponemos en ellas y con la gente que admitimos como amigos. Bla, bla, bla. ¡Lo de siempre! Ha sido un rollo, Arlene. Sobre todo para nosotros, que venga a hablar de Facebook, venga a hablar de Facebook y nosotros, encima, con trece años aún no podemos entrar en Facebook. Supongo que, a lo mejor, a los mayores les habrá resultado más práctico. Pero lo que es a nosotros...

–Si Facebook es para viejos. ¡Hasta mi madre tiene un perfil allí! –exclamé.

–¿Qué es eso de Facebook, Berto?

–Una red social.

–¿Red? ¿Para pescar? ¿Social? ¿Para pescar gente?

Berto se partía de la risa.

–Sí, para “pescar gente” –dijo entre carcajadas -. No está tan mal explicado, no te creas.

–Es una red, como internet, pero esta te conecta con gente –le aclaré-. Pones cosas, escribes lo que te pasa y tus amigos pueden verlo.

-No acabo de entenderlo. ¿Os advierten que tengáis cuidado con ellos? ¿Con tus amigos? ¿Por qué, si son tus amigos?

-Porque... Vaya Arlene. No es tan fácil de explicar...

-Porque no son tus amigos de verdad -me interrumpió Bea-. Son amigos, hum, virtuales, y cuando entras en Facebook no hay forma de comprobar su identidad. En realidad te puedes hacer pasar por quien quieras y nadie se entera.

-Nos han dicho lo de siempre. ¡Como si fuéramos tontos! El mismo bla bla: que en las redes sociales solo admitamos a nuestros amigos reales y que no nos fiemos ni un pelo de nadie.

Berto lo acababa de resumir de maravilla.

-También nos han advertido de los adultos que se hacen pasar por niños de nuestra edad y se ganan nuestra confianza para conseguir fotos comprometidas o...

-¡Ah! ¡Ya! Eso lo entiendo: ¡pervertidos! Así que ahora los pervertidos están en internet.

Arlene a veces usaba palabras muy raras, de su época, palabras que yo nunca hubiera utilizado, pero tenía razón.

-Sí. Eso es: pervertidos. Adultos que se quieren aprovechar de los menores.

-También nos han hablado de Twitter -continuó Berto.

-¿Y qué es Twitter?

-Un rollo, Arlene. O al menos a mí me parece un rollo; solo es útil para noticias y cosas así. A mí no me atrae nada.

-A mí tampoco -aseguré-. La red que sí me gusta y sí que tengo en mi móvil es Instagram.

-Ah, eso me lo enseñaste una vez, ¿verdad? ¿No es lo de las fotos esas tan chulas? -preguntó Arlene.

-Sí, lo de los filtros.

–Eso sí que me gusta. Me parece un invento muy *molongui*. ¿Sabéis?, mi abuelo era fotógrafo, y si hubiera visto cómo se hacen las fotos ahora y lo fácil que es poner esos filtros tan *chulis*, le daría un pasmo. –Arlene se volvió hacia nosotros–. ¡No sabéis la suerte que tenéis! ¡Podéis ver las fotos que hacéis en el momento de hacerlas!

–Pues claro.

–*Jopelines*, Berto, pues antes no era así. Teníamos que revelarlas. Se hacían con cámaras de fotos que llevaban dentro un carrito fotográfico. Total, que cuando hacías las fotos no sabías si habían quedado bien o mal. No tenías ni idea hasta que las revelabas.

–Sí, eso me lo han contado mis padres –intervino Berto.

–Y solo podías hacer, yo que sé, por ejemplo 12 fotos, o 24 o 36. Porque los carretes eran de 12, de 24 o de 36 fotos, y las tenías que llevar a una tienda a revelar.

–¿Y si quedaban mal? –interrumpió Bea.

–¡Pues te aguantabas, claro!

–¿Y cuánto tardaban en revelarse?

–Una semana o así, Álex. Ah, calla, y encima a veces te entraba luz en la cámara, el carrito se velaba y luego salían las fotos un poco raras.

–¿Qué es eso de velarse?

–¡Anda, que sois muy del futuro y muy modernos, pero hay que ver qué poco sabéis de algunas cosas! Pues es que el carrito tenía que estar siempre a oscuras, ahí, dentro de la cámara. –Arlene hizo un gesto con las manos, como si las juntase–. Porque si le entraba luz, pues entonces ya no funcionaba. O no salía nada o las fotos salían raras. Bueno, casi como salen las vuestras con esos filtros que le ponéis en Instagram: así, como amarillentas o azuladas, o con un trozo medio borrado.

Arlene se quedó un momento en silencio y a mí me dio por pensar que ella era un poco así, como decía: una imagen velada y un poco desvaída. Como si le hubieran puesto un filtro de Instagram.

–Estaba pensando –dijo Bea–, que cómo es que... ¿Cómo funcionaba eso? ¿Cómo salían las fotos en un papel? Quiero decir, ¿cómo narices se puede plasmar un pedazo de realidad en un papel?

–Las cámaras fotográficas dejaban entrar la luz durante unos instantes –explicó Arlene–, y el carrete... bueno, la emulsión fotográfica, captaba la luz y se quedaba ahí fotografiada.

–No lo entiendo.

Las explicaciones de Arlene no me convencían demasiado a mí tampoco.

–Pues lo que yo no entiendo es cómo salen las fotos en esos móviles vuestros. Así, de repente.

–Pues es lo mismo. La luz entra y... con píxeles y tal...

Berto, que siempre se las daba de listo, tampoco fue capaz de explicarlo.

Todos nos reímos.

–Bueno, pues luego lo buscáis en internet, que allí está todo, y me lo explicáis.

–Vale, Arlene. De acuerdo.

Nos habíamos sentado bajo los árboles. La luz del sol de invierno se colaba entre sus hojas y bailaba sobre la arena rojiza. Cuando a Arlene le tocaba un rayo de sol directamente, se hacía más difusa, más transparente, y se desvanecía.

Resultaba un poco extraño y, no sé bien por qué, me entró así como pena y me puse melancólica.



–Arlene... –susurré–, y si... ¿Y si tú fueras un fantasma igual que una foto?

Mis tres amigos me miraron como si me hubiera vuelto loca.

–Quiero decir que tú estabas en tu época, viviendo y, en el momento de tu muerte, quizás es como si te hubieran hecho una foto y entonces... Parte de tu ser, esta parte que nosotros podemos ver ahora, en vez de haberse plasmado en un carrete o en unos píxeles, pues hubiera ido a parar a un lugar o un espacio que pudiera “recogerte”, como la emulsión fotográfica esa.

–¿Nuestra época?

–Quizás, Bea, como la emulsión fotográfica, ¿por qué no? Por eso dices que te sientes atraída por nosotros y por este tiempo.

–Yo creo que tiene que ver con mis amigas. Ya lo hablamos una vez. Nosotras éramos ABBA: Ana, Begoña, Belén y Arlene. Y vosotros también lo sois.

–Arlene, Berto, Bea y Álex –la interrumpí–. Y también decimos lo de “Uno para todos y todos para uno”, como vosotras.

–¿Quién sabe? –terminó Bea, soñadora.

El sol agradable del invierno seguía brillando sobre nosotros. Me fijé en nuestras sombras sobre la tierra arcillosa. Arlene no tenía sombra. Como Peter Pan, la había perdido.

–De lo que no han dicho ni una palabra hoy es de Snapchat. –Berto volvió al tema de la charla.

–¿Y eso qué es?

–Eso es, Arlene, otra especie de red social, pero de minivídeos. Haces vídeos muy cortitos que se borran a las 24 horas de haberlos colgado –le expliqué.

–Son muy divertidos, puedes ponerles caras... Como... –Bea buscó un símil adecuado–. Como si fueran efectos especiales.

–¿Son películas?

-Sí, pero muy cortas.

-¡Qué chachi! Eso sí que me lo tenéis que enseñar, ¿eh? ¡Me encantan las películas! ¡Qué bárbaro! Y como en la *pelis* de espías, ¡la película se autodestruye en 24 horas!

Nunca se me había ocurrido pensar en ello como lo hacía Arlene, pero en efecto era parecido a lo que pasaba en las antiguas películas de espías: las “pruebas” se autodestruían cuando pasaba un tiempo determinado.

Bea estaba removiendo la tierra con un palito. Hacía dibujos en la arena como si se tratase de un jardín zen. Dibujaba unas espirales, las borraba y las volvía a dibujar de nuevo.

-¿Sabéis qué estoy pensando?

-¿En qué, Bea?

-En lo que acabas de decir de tu madre...

Yo no recordaba haber dicho nada sobre mi madre.

-Sí, Alex, sí... Has dicho que Facebook es para viejos, que hasta tu madre tiene una cuenta allí.

-Sí, ella y sus amigas. Y mi padre también.

-Mis padres también tienen -intervino Berto.

-Pues estaba pensando que...

Parecía que a Bea le diese casi vergüenza decirlo.

-¿Qué piensas, Bea?

-Pues... Pues que puede que tus amigas, esas de ABBA, tengan Facebook, Arlene. Que deben ser mayores y que lo mismo podemos buscarlas en Facebook.

Arlene nos miró con los ojos abiertos como platos. Me dio la impresión de que palidecía y se hacía aún más transparente.

-¿Es eso posible?

-¡Pues claro que sí! -Miré a Berto y a Bea-. ¿Cómo no se nos ha ocurrido antes?

-¡Podemos buscarlas en Facebook! ¡Y preguntarles por tu suici...! -Berto se calló de pronto.

Arlene le sonrió.

-¡Por mi falso suicidio! Os aseguro que yo no me maté, digan lo que digan. Ellas, Ana, Begoña y Belén, se acordarán de lo que pasó. ¡Pues claro! Fijo que ellas lo saben.

Los cuatro nos quedamos callados. De pronto, lo que habíamos prometido a Arlene, que la ayudaríamos a descubrir cómo murió realmente, se convertía en una posibilidad real. Ya no se trataba de prometer, así a la ligera y como en teoría, sino de un compromiso auténtico: se abría ante nosotros la posibilidad de investigar “sobre el terreno”, como dicen en las películas.

Y entonces, ¿sabéis qué?, pues que supe que estaba dispuesta a hacerlo. De verdad. Que haría todo lo posible por aclarar la muerte de mi amiga.

El timbre que anunciaba el fin del recreo sonó y me levanté de un salto.

-¡Lo haremos, Arlene!

-¡Pues claro! -Berto se levantó también.

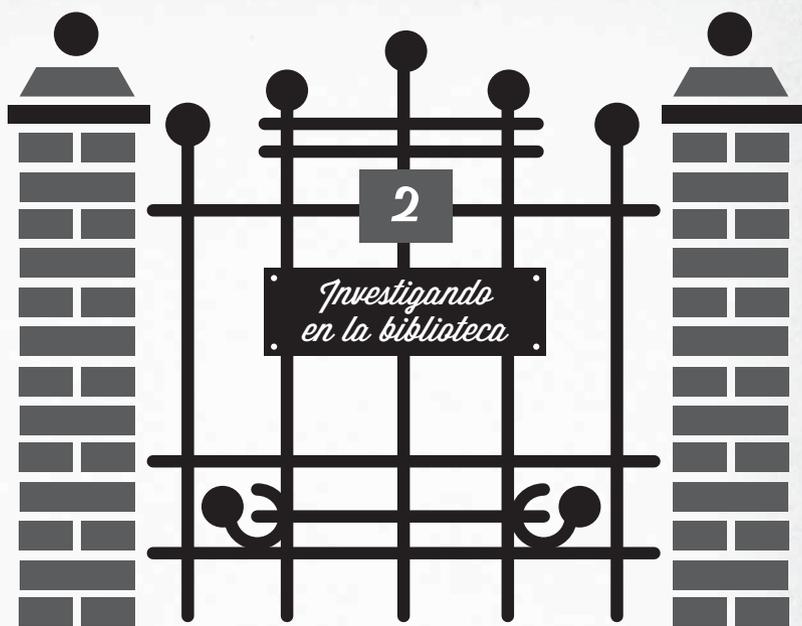
Por último, Bea levantó la mano y la puso ante nosotros:

-¡Uno para todos...!

-¡... Y todos para uno! -contestamos a coro, uniendo nuestras manos.

Sentí la de Arlene como siempre, como un roce muy lejano, ni frío ni caliente. Pero agarré bien fuerte las manos de Berto y Bea.

-¡Lo haremos! -repetí.



Las clases de aquel día por fin terminaron y, como muchas otras tardes, nos refugiamos en la biblioteca. Después de todo lo que había pasado seguíamos siendo los encargados.

Todo continuaba igual: muy pocos alumnos se pasaban por allí. Preferían ir a la sala de informática, en la que había un montón de ordenadores nuevos, a las zonas de estudio o a sus habitaciones. Por eso la biblioteca se había terminado convirtiendo en nuestro refugio particular. Mientras hizo buen tiempo nos reuníamos en el bosque, pero en cuanto los días se acortaron y llegó el frío empezamos a quedar en la biblioteca.

Desde que existía internet las bibliotecas habían ido perdiendo su importancia. Arlene nos había contado que en sus tiempos siempre estaba a tope y llena de gente, y que hasta tenían que